

Un concierto de Woody Herman y su orquesta en el Carnegie Hall de New-York

Nos complacemos en publicar este artículo que, expresamente para nuestra Publicación, ha escrito el señor N. Surís, que fué director de la interesante revista de jazz «Jazz-Magazine». El señor Surís nos cuenta sus impresiones del concierto, al cual asistió, celebrado en el Carnegie Hall de Nueva-York, después de una estancia de cinco meses en la gran ciudad americana. Agradecemos sinceramente al señor Surís este interesante artículo.

Woody Herman, a quien pocos amantes del puro Jazz americano desconocen, sigue con la misma fe de siempre en su postulado artístico. Es un placer verle actuar, al frente de su espléndida Orquesta, llevado del fuego interno que le sacude y logrando interpretaciones como «Caldonia», «Goosey Ganaer», «Bijou», etc.

Esta pasión noble y sincera por la música swing pura, le ha proporcionado admiradores incondicionales entre el público inteligente y, además, el respeto y la consideración de figuras cumbres de la gran Música actual.

Igor Stravinsky escribió exprofesamente para Woody Herman su «Ebony Concerto» y dirigió los primeros ensayos de la obra. Con este gesto quiso demostrar claramente la estima que le merece Herman y su meritísimo conjunto.

«Ebony Concerto» figuraba en el lugar de honor del programa ejecutado por la Orquesta Woody Herman en su concierto celebrado en el Carnegie Hall de New York el pasado 25 de marzo, al cual el que suscribe tuvo la dicha de asistir.

Se trata de una pequeña obra maestra, digna ciertamente de su autor. En ella Stravinsky juega maravillosamente con los timbres, los ritmos y los efectos carac-

terísticos del Jazz, si bien no abandona su lenguaje propio, que en ciertos pasajes de la composición, adquiere robusta elocuencia.

«Ebony Concerto» se divide en tres movimientos. El primero comienza con un tema rítmico expuesto por el metal y contestado por la madera. Luego, sobre la misma base, pero tratada como fondo, descuella un bellissimo solo de clarinete que Woody bordó magistralmente. Hay también algunos episodios confiados al piano, donde el sabor a Jazz aparece manifiesto.

El segundo tiempo recuerda el ambiente denso del Blues. Tenor y barítono cantan la melodía a dos octavas de distancia y el fondo armónico está confiado al metal, con una base rítmica sustentada por piano, bajo, batería y guitarra. Estamos lejos, sin embargo, del Blues bailable, donde el Drums marca los cuatro tiempos del compás. Aquí, guitarra y batería se complementan en un interesante y vigoroso contrapunto rítmico. Trompetas con sordina ponen un comentario delicioso a la bella melodía y Stravinsky no desdeña aquí los efectos ellingtonianos de abrir y cerrar el metal con artefactos de goma.

En el tercer movimiento, los clarinetes sitúan en su registro más grave y el clarinete bajo dobla la parte del contrabajo. El saxofon tenor desarrolla la melodía en su primera variación y luego es secundado en las otras por los demás instrumentos, en una especie de Rondó, de estructura clásica.

La Orquesta estuvo aumentada, para la ejecución de esta obra, con una trompa y un arpa. Ocupó el atril directivo el maestro Walter Hendl, director asociado de la «Philharmonic Symphony Orchestra»